

ORIENTACIONES PARA UN TIEMPO DE CRISIS: CUATRO OPINIONES

CUALQUIER tiempo de crisis está dominado por más preguntas e inquietudes que respuestas y seguridades. Entramos en este ejercicio de 1981 en el octavo año de una crisis económica abierta en los días finales de 1973 con la convicción, cada vez más extendida, de que no hay salida clara y accesible del laberinto de los problemas entre los que, desde hace ocho años, estamos viviendo: débil desarrollo, intensa inflación, pocos empleos, paro abundante, balanza de pagos y presupuestos invadidos por la plaga de los déficits, remediados temporalmente con los números rojos de unos endeudamientos crecientes que hipotecan y comprometen cada vez más cerradamente nuestro futuro.

¿*Qué hacer?* es la obligada pregunta que los políticos y los ciudadanos hacen a los economistas con el malhumor y la irritación de quienes padecen la continuidad de los mismos y graves problemas desde hace ocho años. No tranquiliza nada ciertamente el ánimo de quienes esperan contestaciones y soluciones a los problemas de la crisis, la general coincidencia de los economistas en las características de la crisis: su inevitable larga duración, el lento crecimiento de la producción que nos amenaza en la década, el carácter conflictivo de la mayoría de las decisiones que es preciso adoptar, no ya para resolver los problemas planteados, sino

tan sólo para no agravarlos más. Dicho con distintas palabras: mantener la economía en el mismo lugar del desarrollo alcanzado y no digamos hacerla avanzar, cuesta esfuerzos desconocidos en el pasado y, sobre todo, origina conflictos entre distintos grupos sociales. Las sociedades actuales son —como ha afirmado Lester C. Thurow— *sociedades de suma cero*: lo que unos ganan deben perderlo otros y nadie acepta criterios ni normas que sancionen las pérdidas necesarias para el progreso de la sociedad.

Constituye un peligro cierto que en tales situaciones los arbitristas irresponsables traten de vender sus «remedios universales e indoloros» y que, quienes prostituyen el ejercicio de la política aspiren a ganar el poder tratando a los ciudadanos con el soborno de las medidas demagógicas. Prevenir este peligro constituye una gran tarea en tiempo de crisis. Una tarea que debe servirse con perseverancia, clarificando al máximo la situación en la que nos encontramos, difundiendo los diagnósticos responsables y autorizados de nuestros problemas y asentando con firmeza nuestras negaciones frente a las seudo-soluciones de la crisis económica, esto es: *conociendo las cosas que de ninguna manera tenemos que hacer*, por numerosas que sean las voces, por poderosos que sean los intereses y por hábiles y tentadores que sean los

halagos de quienes nos las propugnan.

Una excursión en busca de esas ideas y consejos válidos en tiempo de crisis es la que propone realizar PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA a sus lectores en esta última sección de la Revista. Hemos tratado de seleccionar los mejores guías para esta aventura y creemos haberlo conseguido. En primer lugar figuran las opiniones de los dos grandes economistas del siglo: Keynes y Schumpeter, opiniones lejanas en el tiempo, pero penetrantes en nuestros problemas actuales con consejos y juicios que es preciso escuchar hoy para delimitar la *agenda* y la *non agenda* de la política económica en los años que vienen. A estas dos opiniones se han añadido las de dos economistas que viven la crisis actual y que han valorado sus peculiaridades y dificultades y apuntado para ellas tratamientos posibles: Paul Anthony Samuelson, premio Nobel de la profesión 1970 que se ha atrevido a otear la posible y difícil marcha de las economías nacionales hasta el año 2000, y Tibor Scitovsky, quien desde su retiro de California ha ofrecido recientemente su autorizado diagnóstico sobre los males que afectan a las economías mixtas de Occidente.

¿Hacia qué puntos atraen nuestra atención estos cuatro guías expertos sobre el recorrido que deben realizar las distintas economías en los próximos años? ¿*Qué hacer* y *qué no hacer* para conseguir aciertos y evitar errores? Tales son las preguntas que debe abrir cada lector en su recorrido por los trabajos que seguidamente le ofrecemos. Añadamos por nuestra parte algunos comentarios que ayuden a situar las tesis y preocupaciones de estos cuatro grandes guías que hemos elegido para informar mejor las actitudes y las decisiones del tiempo que estamos viviendo y del que nos aguarda.

EL ESCENARIO ESPERANZADOR Y OPTIMISTA DE KEYNES

¿Qué fuerzas condicionan el desarrollo a largo plazo de una economía? Esa fue la pregunta que Keynes trató de responder hace medio siglo en su ensayo *Las posibilidades económicas de nuestros nietos*. Dos son las fuerzas sobre las que Keynes llama nuestra atención: la acumulación de capital y el progreso tecnológico. Esas fuerzas tienen un origen próximo y su acción conjunta no puede buscarse más atrás de la revolución industrial del siglo XVIII. La multiplicación de bienes y servicios que originan es para Keynes continua: responde al poder del interés compuesto, lo que permitirá, con el transcurso del tiempo, liberar al hombre de la tiranía de la necesidad. Se accederá así, gradualmente, a una era nueva con bienes abundantes y ocio creciente en el que la economía perdería su dramática importancia al reducirse la escasez de los bienes. El hombre podría dedicar su tiempo liberado a lo que deberían ser sus fines permanentes: el cultivo de la religión, el arte y la filosofía. Esta nueva era anunciada por el keynesianismo es el mundo utópico prometido con frecuencia en muchos escritos sociales y políticos. Un mundo que se abriría cuando los problemas económicos se encontraran resueltos, lo que equivaldría a sentenciar a la desaparición en él de la ciencia económica, para la que Keynes pronosticaba una vida corta y un final brillante.

Esa entrada en la era de la abundancia de bienes y el mayor ocio disponible para disfrutarlos no es ni automática ni gratuita. El ritmo de evolución hacia esa era depende de cuatro factores: 1.º, evitar las guerras y afirmar la paz civil; 2.º, dominar el crecimiento de la población; 3.º, conceder a la ciencia la dirección de los

asuntos humanos, y 4.º, favorecer por la política económica la acumulación de capital. Esos consejos keynesianos para ganar un futuro mejor dados hace medio siglo conservan validez actual. La realidad económica ha demostrado cómo cuando estas dos fuerzas keynesianas de la acumulación y el progreso tecnológico han actuado, el progreso económico ha sido la resultante. En gran parte, éste ha sido el comportamiento de las economías occidentales tras de las catástrofes de la gran depresión de los años 30 y la segunda guerra mundial. La larga ola de prosperidad que va de 1951 a 1973 refiere, con bastante aproximación, el desarrollo económico previsto por Keynes subsiguiente a la presencia de la acumulación de capital y a la penetración del progreso tecnológico. Adivinar la llegada de esa larga etapa de prosperidad hace medio siglo, cuando el mundo entraba en la gran depresión de los años 30 que casi obligaba a dudar de todo, constituye un mérito reservado sólo a los grandes maestros de la Economía.

Dos matizaciones deben realizarse a esta optimista profecía keynesiana vista desde nuestro tiempo: la limitación geográfica de su validez y su no contabilización de algunos de los males de las sociedades desarrolladas actuales que comprometen su actuación en el futuro. Es evidente que la multiplicación de bienes y servicios prevista por Keynes y derivada de la acción de las fuerzas por él señaladas se ha cumplido en gran parte, pero también lo es que la ola de prosperidad 1951-73 no afectó a todos los países. La desigualdad de ese progreso contemporáneo ha sido una de sus características más denunciadas y ciertas. La profecía keynesiana fue así una profecía anglocéntrica, válida sólo para el mundo industrializado de la Comunidad Atlántica. Por otra parte, incluso en ese mundo, la economía ha ofrecido en su marcha

perceptibles disfuncionalidades que comprometen la acción de esa tendencia en el futuro. Keynes creía que la era de abundancia y del ocio facilitada por el progreso técnico y la acumulación de capital tenía que mirarse con algún temor, porque el hombre, al verse privado del estímulo de la necesidad económica, podría perder la fuerza y la ambición que han estado siempre detrás del desarrollo de la economía. Ese peligro no le parecía, sin embargo, suficiente para comprometer el progreso futuro en el que creía con insobornable optimismo si se actuaba sobre los cuatro factores por él destacados como pilares de la evolución de la sociedad hacia su desarrollo futuro.

Pero lo cierto es que podrían existir otros obstáculos y otros problemas en el funcionamiento del sistema económico. A ellos iba a referirse el análisis de Schumpeter.

LAS DISFUNCIONALIDADES DEL SISTEMA ECONOMICO CAPITALISTA: LA PARADOJA DE SCHUMPETER

La aproximación hacia los problemas del futuro se realizaría por el otro gran economista del siglo Joseph A. Schumpeter, desde una perspectiva distinta a la keynesiana. La pregunta fundamental de Schumpeter fue doble: ¿Qué obstáculos fundamentales impiden el desarrollo del sistema económico capitalista? ¿Puede sobrevivir en el futuro el capitalismo?

La experiencia histórica disponible llevó a Schumpeter a afirmar que ningún obstáculo económico se oponía al progreso de la economía apreciado por el crecimiento continuo de la producción y el menor esfuerzo requerido para lograrlo, rasgos que habían dominado el funcionamiento del sistema capitalista desde su apa-

Introducción

rición. Como ha afirmado recientemente John E. Elliot, Schumpeter reconocía que, aun admitiendo sus innegables defectos funcionales, el capitalismo había logrado, en primer término, un éxito indiscutible en las sociedades en las que había operado; en segundo lugar, algunas de las disfuncionalidades del sistema (como por ejemplo la concentración empresarial, la desigualdad, las depresiones económicas) desempeñan funciones creadoras en el proceso de expansión y no podían alegarse como premoniciones del estancamiento y del fracaso económico del capitalismo; en tercer lugar, nada se oponía a que el sistema capitalista funcionase en el futuro, no hay razón alguna para pronosticar el hundimiento del capitalismo «bajo el peso del fracaso económico».

Sin embargo, el título del ensayo de Schumpeter que publicamos en este número de PAPELES es elocuente: «La marcha hacia el socialismo» y su respuesta más sonada fue la que contestaba a la pregunta que el mismo Schumpeter se hizo: «¿Puede sobrevivir el capitalismo? No. No creo que pueda», que constituye la premisa de la que arranca la segunda parte de su gran obra *Capitalismo, Socialismo y Democracia*. Es bien sabido que esa respuesta schumpeteriana que afirma el ocaso del capitalismo descansa en su propio éxito económico. Es el funcionamiento eficiente del sistema capitalista el que origina las causas que le llevan a su destrucción. Los elementos de ese clima hostil al capitalismo parten del interior del propio sistema, de su capacidad potencial de expansión. El primero de ellos viene dado por la eficacia productiva que fomenta la concentración empresarial. La nueva dimensión de la empresa con la que se persigue y logra la eficacia tiene efectos deletéreos para dos instituciones básicas del capitalismo: el derecho de propiedad y la libertad de

contratación. La propiedad, en la gran empresa, se separa de la dirección y con ello la propiedad, afirma Schumpeter, «se desmaterializa y despersonaliza y pierde su primitiva función». Este proceso de concentración afecta también a la libertad de contrato, incompatible con la concentración del poder económico. Queda abierto así un flanco especialmente vulnerable al ataque público.

El segundo elemento de la hostilidad al sistema capitalista se halla en el agostamiento de la genuina función empresarial. En el capitalismo maduro la innovación deja de ser una aventura abierta al empresario individual. Tras el triunfo del capitalismo, el hallazgo de la innovación se burocratiza convirtiéndose en rutina. Las cinco fuentes de innovación del sistema schumpeteriano (el hallazgo e introducción en el mercado de nuevos productos; de nuevos métodos de producción; de nuevos mercados; de nuevos recursos productivos; de posiciones distintas en un sector productivo) son hoy —en las grandes empresas— funciones mecánicas de diversos departamentos. Esta realidad convierte al empresario en un personaje sin papel. Esto es, sin función social, que vive directa o indirectamente de las rentas obtenidas por la clase asalariada (trabajadores, empleados, gerentes). Circunstancia que deja de nuevo abierto el campo a la crítica del empresario y del sistema capitalista.

Tercer elemento integrante de este clima hostil es el ascenso de la burguesía al poder político activo. Mientras los primeros pasos del capitalismo se dieron al amparo de los Estados nacionales basados en la monarquía, el curso siguiente de los acontecimientos, con el triunfo pleno del capitalismo, coincidió con la caída del poder real y el ascenso al poder político de la burguesía. En esta evolución existió una fuerza motriz esen-

Introducción

cial al propio funcionamiento del capitalismo: la extensión del racionalismo. La civilización capitalista es esencialmente crítica. Esta agudización del espíritu crítico —de la que precisa la propia dinámica del capitalismo— ha sido la base de su triunfo económico y de la victoria política final de la burguesía. Pero desatada esta fuerza del racionalismo, sus efectos no se circunscriben a la historia, ya que, como afirma Schumpeter, «el espíritu crítico del capitalismo, después de haber destruido la autoridad moral de muchas otras instituciones precapitalistas, se vuelve contra las propias del capitalismo... y es así cómo el burgués descubre con asombro que la actividad racionalista no se detiene ante las credenciales de los reyes y papas, sino que sigue para atacar la propiedad privada y todo el sistema de valores de la burguesía». De esta suerte se produce la paradoja de que el triunfo político de la burguesía señale el ocaso del capitalismo. Y ello porque, según Schumpeter, la burguesía es incapaz de afrontar victoriosamente el espíritu crítico sobre el cual se asentó su triunfo económico primero y político después. No es la burguesía quien gobierna ni orienta la crítica dentro de la sociedad actual, sino los intelectuales que, según Schumpeter, dan forma al resentimiento social, núcleo central de la hostilidad creciente contra el sistema capitalista. La incapacidad política de la burguesía y el carácter antiheroico del capitalismo hacen lo demás: el ascenso de otras clases al poder político que adoptan medidas y establecen un conjunto de intervenciones que impiden el funcionamiento del sistema capitalista.

La hostilidad creciente hacia el sistema capitalista termina invadiendo el hogar de la burguesía y los valores en los que se creyó en otro tiempo, los valores que podrían denominarse propios de la sociedad «victoriana»: el ahorro, la disciplina en el trabajo,

los sacrificios por la educación y promoción social de los hijos. Lo comprometido del futuro, la crítica diaria a esas virtudes burguesas de la que participan los propios *hijos* de las familias de la burguesía, han hecho preguntarse a muchos *padres* «¿por qué hemos de cercenar nuestras ambiciones y deseos y empobrecer nuestras vidas para ser insultados y despreciados en nuestra vejez?». Pregunta que afirma un ambiente de desaliento producido por la desintegración de la familia burguesa.

En esos cuatro argumentos sociológico-políticos basaba Schumpeter la crisis del sistema capitalista como testimonio su trabajo incluido en este número de PAPELES. El mensaje de Schumpeter escuchado desde la crisis actual no puede oírse, sin embargo, como una conclusión fatalista que se limite a levantar acta de un proceso irrevocable de la marcha hacia el socialismo basado, paradójicamente, en el éxito económico del sistema capitalista.

Es posible ver también en ese mensaje una denuncia y una advertencia de las debilidades de las economías mixtas en las que vivimos. Samuelson ha afirmado con razón que los desajustes y problemas que hoy padecemos se hallan expuestos con toda claridad en los escritos de Schumpeter. Si las ideas de Schumpeter se contemplan en este sentido, ¿cuáles son los peligros a los que debemos atender y que la política económica debería prevenirlos para conseguir una mejor administración de las distintas economías? El artículo de Schumpeter que PAPELES ofrece en este número hace justamente de esa pregunta objeto de su contenido. Como el lector podrá comprobar, Schumpeter cree que el capitalismo en el que Estados Unidos había entrado a comienzos de los años cincuenta era un capitalismo intervenido que Schumpeter califica como «capitalismo labo-



Introducción

ralista» y que otros economistas denominan «capitalismo mixto» o «economía mixta». Schumpeter cree que ese sistema económico es difícil que funcione con la eficacia que en el pasado lo ha hecho el sistema capitalista sin calificativos. Los motivos de esa dificultad están en las regulaciones permanentes que frenan las posibilidades de gestión empresarial, y en la existencia de acontecimientos externos que impulsan a avances constantes de la intervención y de la reglamentación. Entre esos acontecimientos externos Schumpeter selecciona en primer lugar la crisis económica de los años treinta y la segunda guerra mundial que han variado no sólo los datos sino, sobre todo, la conciencia de los problemas por parte de la sociedad. En segundo lugar, Schumpeter nos advierte de otro gran acontecimiento externo convertido desde entonces en plaga de las distintas economías occidentales: la inflación. Un acontecimiento que constituye un gran disolvente del sistema económico y que cuenta con raíces profundas en las actitudes de políticos y dirigentes sindicales. Las posiciones de los dirigentes sindicales y de los políticos se configuran de forma que no existe ningún freno susceptible de detener el proceso de aumento de gasto nacional y elevaciones de rentas que financiadas por crecimientos de la cantidad de dinero perpetúan la presión inflacionista. Esa perpetuación de la presión inflacionista se traduce en dos consecuencias fundamentales: la debilitación del cuadro social y de la eficiencia del sistema económico y en la perturbación y efectos negativos que originan la utilización de medios válidos en otro tiempo de la política antiinflacionista y carentes de la misma validez en la situación actual. En particular, la crítica de Schumpeter afecta a la aplicación de la política crediticia y de la política fiscal (que anticipa muchas de las afirmaciones que Okun y Perry han realizado después). Tam-

bién tienen gran actualidad las dirigidas contra los controles de precios que producen efectos muy perjudiciales para el funcionamiento del sistema económico capitalista.

Parece claro, por tanto, que las conclusiones y consejos del análisis de Schumpeter para la situación actual deberían concentrarse en las disfuncionalidades que las intervenciones y regulaciones del Estado producen en las economías mixtas y acentuarían como hecho básico que anima esas interferencias a la inflación, cuyo tratamiento prioritario parece imprescindible si una sociedad aspira a ganar eficiencia en la administración de sus recursos económicos.

SAMUELSON Y EL CAMINO HASTA EL AÑO 2000

La intervención de Samuelson en el Congreso Mundial de Economistas, celebrado en Méjico en 1980, trató de realizar un balance de las dificultades y problemas con los que han de enfrentarse las economías de los distintos países en los veinte años que nos quedan para el año 2000. Samuelson se apoyó en las conclusiones de Keynes y Schumpeter que hemos comentado y trató de expresar sus propias opiniones sobre el futuro comprobando los éxitos y fracasos de las dos profecías históricas realizadas por esos dos grandes economistas. Samuelson afirma que el horóscopo de Keynes ha funcionado satisfactoriamente al menos hasta la llegada de la crisis energética. Sin embargo, algunos de los problemas y disfuncionalidades que las economías mixtas presentaron durante los años de prosperidad respondieron bastante bien a la profecía de Schumpeter que, por otra parte, no es capaz de explicar los aciertos de la economía mix-

ta en la década de los sesenta. El gran tema de cara al futuro es si la economía mixta que ofrece resultados mucho más pobres y conflictos mucho más profundos que en el pasado, constituye una forma estable y funcional de dirigir la sociedad. Samuelson cree que los problemas de las sociedades actuales residen en el estancamiento con inflación y admite la existencia de desajustes en el funcionamiento de las distintas economías que deben remediarse con intervenciones públicas que atribuyen un papel destacado al Estado en el proceso económico. Es innegable que han existido también fallos en el funcionamiento de la economía pública que no deben hacer olvidarnos el papel dominante del mercado. En este reparto de funciones al Estado y al mercado hay divergencias importantes entre los economistas actuales y de hecho éstos se manifestaron en el propio Congreso Mundial de México a través de la crítica a la Ponencia de Samuelson realizada por Herbert Giersch.

En cualquier caso para Samuelson no cabe esperar en el futuro la repetición de unos resultados en el funcionamiento de las economías mixtas occidentales semejantes a los conseguidos en el pasado. Tres motivos lo impiden: el encarecimiento relativo de la energía y los recursos naturales; el relajamiento del esfuerzo y la disciplina en el trabajo bajo el peso del desarrollo económico (lo que Samuelson califica como «estigmas de la abundancia») y el proceso irregular de innovación tecnológica y su desigual penetración en las distintas economías nacionales. El reconocimiento de estos tres hechos por el público, la articulación de políticas económicas capaces de abordar los problemas que de ellos se desprenden son los que condicionarán la marcha de las distintas economías mixtas en lo que queda de siglo. Ni el socialismo ni las alternativas fascistas dan solu-

ciones mejores a esos problemas que las ofrecidas por las economías mixtas. Como de la democracia decía Churchill que es el menos malo de los sistemas políticos, de la economía mixta, afirma Samuelson, es el menos malo de los sistemas económicos. Mejorar hoy su funcionamiento y sus resultados requiere tener conciencia de las dificultades y llegar a acuerdos internacionales e internos para tratar de afrontarlas.

LA FLEXIBILIDAD DEL SISTEMA ECONOMICO, OBJETIVO BASICO DE LA REFORMA PROPUESTA POR SCITOVSKY

A los problemas de esas economías mixtas actuales se ha referido recientemente Tibor Scitovsky. En su lección magistral pronunciada ante la «American Economic Association», Scitovsky ha vuelto sobre la pregunta clave de Schumpeter. ¿Puede sobrevivir el capitalismo? Esa pregunta ha tratado de colocarse por el gran economista estadounidense en un contexto distinto del schumpeteriano. Ese contexto ha sido el preguntarse por las causas del arraigo del sistema capitalista. Hay que confesar —afirma Scitovsky— que el capitalismo no es una forma atractiva de organización social. Sin embargo, posee una virtud eminente: su inigualada flexibilidad. Flexibilidad para explotar las oportunidades, para absorber los choques, para adaptarse a las cambiantes circunstancias. En la exploración de esa virtud de la flexibilidad discurre el trabajo de Scitovsky, preguntándose, en primer término, por los significados de la flexibilidad y tratando de comprobar, después, cómo esa flexibilidad actúa y se comporta en los sistemas económicos actuales. Aquí es donde Scitovsky

Introducción

manifiesta sus preocupaciones porque los sistemas económicos occidentales han perdido con el transcurso del tiempo la flexibilidad que tuvieron en otra época. El análisis de las causas de esa pérdida de flexibilidad y de sus consecuencias constituye el motivo central de su trabajo. Scitovsky acentúa dramáticamente la necesidad de restaurar la flexibilidad de nuestro sistema económico porque sin ella es muy difícil lograr progresos en el futuro. No es fácil conseguir ganancias en la flexibilidad con la que la economía funciona porque existen beneficiarios poderosos de las rigideces introducidas en el sistema económico. Pero, por poderosos que esos intereses sean, resulta fundamental recuperar la flexibilidad perdida si queremos resolver los problemas que actualmente se nos presentan.

CUATRO MENSAJES Y UNA SINTESIS

Si en pocas palabras quisiéramos resumir los mensajes que se contienen en los trabajos que en esta sección se ofrecen a los lectores de PAPELES, podríamos afirmar que las reflexiones de los guías que hemos seleccionado para orientarnos ante nuestros problemas actuales discurren en sentidos diferentes pero no incompatibles.

Keynes nos llama la atención sobre las fuerzas generadoras del proceso de cambio y desarrollo de una sociedad capitalista: la acumulación del capital y los descubrimientos científicos y la innovación tecnológica. Nos insta a liberar la acción de estas dos fuerzas en nuestras economías por lo que podríamos denominar, con lenguaje actual, una política industrial que fomentase la introducción de innovaciones tecnológicas de una par-

te, y una política favorable al ahorro y a la inversión de otra, que impulsase la acumulación de capital. Si estas actuaciones tienen lugar el capitalismo no puede morir. En cualquier caso, si muere de algo sería de alegría por facilitar nuestra entrada en esa era de abundancia y ocio que es la utopía de la abundancia keynesiana.

El mensaje de Schumpeter es más pesimista en cuanto que niega la supervivencia del sistema capitalista y nos sitúa en esa crisis en la marcha hacia el socialismo que él profetizó para el tiempo en que vivimos. El capitalismo no muere, sin embargo, de un cáncer económico maligno como anunció Marx, sino de una neurosis político-social provocada —paradójicamente— por el acierto económico del sistema capitalista. Cabe también leer el mensaje de Schumpeter con menos dramatismo y ver en él un conjunto de observaciones de aquellas actuaciones que pueden poner en peligro el funcionamiento de las economías mixtas actuales y como una lista de los problemas de los que habríamos de preocuparnos con el fin de que ese sistema funcione: la liberalización de la economía y la reducción al máximo de las intervenciones públicas, el desarrollo de una política fiscal (de impuestos y de gastos públicos que no ataque frontalmente los incentivos de ahorro e inversión del sistema económico) y la prevención de acontecimientos que pudieran acelerar la decadencia de las economías mixtas actuales, como la intensificación de la inflación o el tratamiento inadecuado de ésta.

Sobre uno de estos peligros denunciados por Schumpeter insisten las recientes observaciones de Scitovsky. La pérdida de flexibilidad del sistema económico. El capitalismo puede morir, para Scitovsky, de arteroesclerosis al no ser capaz de suscitar entre los agentes econó-



Introducción

micos los cambios requeridos por las circunstancias, dadas las múltiples intervenciones públicas que frenan o impiden estas adaptaciones. Sólo un desmantelamiento cuidadoso de estas múltiples intervenciones que han hecho rígido el sistema económico que en otro tiempo fue flexible pueden abrirnos el camino hacia el futuro.

El mensaje de Samuelson parte de un sano escepticismo: el de que no es posible tener un sistema mejor para administrar nuestros recursos en el futuro que el de las economías mixtas actuales. Es indiscutible que estas economías han perdido la fuerza que tuvieron en el pasado para acrecentar la corriente de bienes y servicios producidos y lo es también que padecen limitaciones claras en el

frente energético y de materias primas, en el clima social, en las posibilidades de innovación tecnológica. Dicho en otros términos: las economías mixtas están afectadas en sus posibilidades de crecimiento por datos que hacen más lento el desarrollo, más intensa la inflación y ofrecen menos oportunidades de empleo. De todos esos datos más desfavorables y de la convicción de que, pese a ellos, el sistema de economía mixta es el menos malo de los posibles deben partir los ciudadanos que viven en las distintas economías nacionales para resolver, con pragmatismo y con transigencia, sus problemas económicos del presente y del futuro.

ENRIQUE
FUENTES QUINTANA